

pone y analiza, nunca ó rara vez se equivoca. Anoche reuní á mi mujer y á mi hija, y á fin de averiguar la verdadera disposición de ánimo de la segunda, me valí de este ardid: “Loreto, le dije: Don Leodegario me pide tu mano. ¿Qué debo contestarle?” Aquí fué el ponerse como amapolas madre ó hija, abrazándose mutuamente, y respondiéndome Loreto: “Yo estoy dispuesta á lo que Usted determine.”—“Pero, ¿le amas?” volví á preguntarle.—“Sí, le amo,” agregó ella bajando la vista. Conque la incógnita, amigo mío, quedaba despejada; y sólo faltaba hacer lo que hice esta mañana y lo que estoy haciendo ahora, á saber: intimar al señor Ledesma que desista de sus pretensiones respecto de una joven que debe casarse con otro dentro de pocos días, y decir á Usted, que los padres de Loreto, apreciando debidamente la nobilísima conducta del pretendiente de su hija, ponen á ésta en sus manos, ahorrándole explicaciones y pasos que son molestísimos al amor propio, y deseando á entrambos unidos, una vida más larga que la de Matusalem, y una descendencia más numerosa que la de Jacob.

—Pero, señor Don Raimundo.....

—No hay peros ni aguacates que valgan. Usted es muy dueño de creerse indigno de Loreto y de rehusar la dicha porque anhela su corazón; pero yo también soy dueño de la suerte de mi hija, y quiero ligarla á la de Usted, y hacer á Usted feliz por fuerza. ¡Vamos, amigo Don Leodegario, que la cosa no tiene remedio! El Doctor Román se ha comprometido á casar á Ustedes en el Sagrario; he ordenado á mi esposa que dé aviso de la próxima boda de Loreto á sus amistades femeninas, y yo estoy haciendo ya otro tanto con las masculinas. No hay quien no me dé las más cordiales enhorabuenas por la elección de yerno...

Las pupilas del Marqués habían ido sucesivamente pasando del verde-alfalfa al verde-mar y al verde-tierno, para teñirse al cabo en el amarillo legítimo de la yema de huevo; á cuyo tiempo, no se sabe si con motivo de la extrañísima conducta de Don Raimundo que pretendía casarle á fuerza, ó más bien, por no haberle dejado el mismo Don Raimundo meter baza en la conversación, se le llenaron de espuma blanca los labios, y, lanzando un recio bufido, cayó al suelo estremeciéndose en rudas convulsio-

nes. Acudieron los mozos y cercáronle los demás concurrentes al café, echándole buchadas de agua en el rostro; y, tratando de averiguar ellos la causa del accidente, díjoles el anciano, y así lo creía él, que había sido motivado por un exceso de júbilo repentino. El Marqués fué llevado en un coche del sitio á su casa, prodigándole su presunto suegro los cuidados más exquisitos, y dejándole en manos de una señora grande que le asistía.

Cuando volvió en sí el del Veneno, se preguntó si estaba él loco, ó si Don Raimundo había perdido el juicio; ó si se trataba de comprometerle indignamente á un paso que no entraba en su voluntad, ni en sus ideas, contando con su proverbial caballerosidad, ó con que sus alcances intelectuales y su energía fuesen mucho más limitados que los de cualquier hombre de mundo. Pero, á poco que con más calma se puso á examinar estas diversas hipótesis, fuélas desechando una tras otra por absolutamente inadmisibles; y, en efecto, el juicio y la probidad del anciano, la honorabilidad de su familia, no obstante el pedantismo y las bachillerías de Loreto, y la reputación de

hombre despejado y cabal de que disfrutaba el Marqués, alejaban naturalmente cualquier sospecha á tales respectos. Nuestro protagonista se vió, pues, en la necesidad de atribuir lo que le pasaba, primeramente á su galantería con las damas en general y con Loreto en particular; en seguida, á la necesidad de ésta, que tomó por moneda contante las flores veraniegas que el sexo feo tributa á la belleza; después, á las habladurías de las gentes que, convirtiendo al mosquito en elefante, hicieron comulgar con éste al anciano; por último, á las combinadas bondad y sandez de Don Raimundo que, dando por cierta é indujable una inclinación que no existía, se adelantaba espontáneamente á coronarla, contra todos los usos y conveniencias sociales, creyéndose bienhechor y siendo, en realidad, verdugo del favorecido.

Al obtener en el curso de su raciocinio esta deducción lógica y natural, no pudiendo el Marqués, en rigor, indignarse contra alguien, se indignó contra su propia estrella; de lo que resultó que, durante seis ú ocho días, los ataques nerviosos no le permitieron dejar la cama. En tal período de

tiempo, no escasearon los amistosos recados de la esposa y de la hija de Don Raimundo, ni las visitas de éste á informarse de la salud del presunto yerno. Y aunque el Marqués tomó y abrigó durante una semana la resolución de explicarse clara y rotundamente con el anciano, el sistema de éste, de cortarle la palabra, creyendo que iba aquel á abrumarle con demostraciones de gratitud, y los paroxismos que la cólera causaba á Don Leodegario, impidieron de pronto la aclaración, que el curso de los sucesos imposibilitó definitivamente, poco después.

Al salir á la calle el del Veneno, vióse materialmente asediado de todos sus conocimientos y relaciones, y no pudo dar diez pasos seguidos, sin que alguien le detuviera preguntándole: ¿Conque se casa Usted? Y en vano trataba de negar la partida, pues todos á una voz le decían que Don Raimundo y su familia estaban dando aviso de la próxima boda á sus parientes y amigos.

Ni fué menos penosa para el joven su primera entrevista con la señora Rodríguez.

—¿Quién habría creído—díjole esta señora— que Usted me engañaba cuando me ase-

guró que no tenía la menor afición á Loreto? ¡De todas maneras, mil parabienes por el próximo enlace, y que Ustedes sean felices!

Trabajos y sudores tuvo el Marqués para explicar, ó, más bien dicho, referir lo que pasaba, confiando á la señora el secreto de su desesperación y encargándole el mayor silencio. Ella alzó las manos en señal de admiración, sin poder tampoco explicarse lo acaecido. Conviniendo, sin embargo, en que semejante casamiento no podía ni debía efectuarse, aconsejó al joven que procurara tranquilizarse y escoger con toda calma el medio más prudente de salir de tan horrible atolladero.

No es de omitirse en mi narración la entrevista casual del Marqués con el Presidente su padrino, ni el recurso que éste propuso al ahijado para conjurar el conflicto. Halláronse en una reunion habida en palacio, y como el General notara la palidez y los ojeras del joven, díjole sin más rodeos:

—¿Que tienes tú? Esa cara de pan crudo y esos ojos de azoramiento, acusan tus vigilias en las malditas logias escocesas que

frecuentes, y que, sin duda, conspiran contra la paz pública. La regeneración política y social de México estriba en . . .

Sabiendo por experiencia el Marqués que esta frase sacramental, en boca de su padrino, era el introito obligado de una peroración poco menos que interminable, llevóle á un rincón de la sala y le confió sus culitas, pidiéndole consejo.

—¡Hola, mi amigo! la cosa es grave, y yo en tu lugar, apelaría lisa y llanamente á la fuga. El mayor inconveniente que yo pulso para estas bodas, es la igualdad de razas de los contrayentes. Tú conoces mis ideas sobre tal punto, y sabes que, según ellas, nosotros los de sangre española debemos unirnos con las aborígenes, para que de esas uniones vaya resultando una raza especial y capaz de llevar á efecto la regeneración social y política de la República. . . Sobre todo, recordarás mi proyecto de matrimonio con una princesa indígena de Guatemala, proyecto que dió márgen á las burlas y habladurías de los chaquetas como tú; pero que si se hubiese realizado. . . En resumen, y abriendo aquí un paréntesis, te diré que, si el inconveniente de las razas no

es bastante para hacer desistir á ese caballero de su propósito de casarte con su hija, ancho es el mundo, y sabio el consejo de un predicador amigo mío: “El que pueda escaparse, que se escape.”—Existe, y debo creer que sin moradores, la cueva en que yo permanecí oculto y fuera del alcance de las garras de la tiranía, en los primeros tiempos de nuestra guerra de independencia. De igual género es la lucha que tú vas á emprender con Don Raimundo y su familia: vas á pelear por tu independencia y libertad propias. . . . ; Pues á la cueva contigo, y que te saquen de ella si pueden, para casarte! Por penosa que sea la vida del anacoreta, es peor la del casado contra su voluntad. Conque, si te resuelves, te daré una carta para Zenobio, á fin de que te ponga en posesión de la cueva. Estoy casi seguro de que, á los ocho ó diez años de habitarla. . . . Mas, para entonces, la regeneración social y política de la República será un hecho práctico, y tú nada tendrás que temer de la tiranía de tu presunto suegro.—Cierro el paréntesis y voy á enseñarte el mandil de cuero que me ha regalado Mr. Poinsett, etc., etc.

Renegando del padrino y de sus ocurrencias, el Marqués se dirigió á la tertulia de la señora Rodríguez, donde llevaba muchas noches de no presentarse. A reserva de tomar una resolución que le salvara, sintióse un momento atraído por tal reunión, como suele uno sentirse atraído por el abismo.

Las bujías de esperma, reproducidas en anchas lunas venecianas, derramaban una claridad verdaderamente diurna sobre el aterciopelado cutis de las señoras, quienes no se pintaban en aquel tiempo. Distinguió el Marqués á Loreto, y quedó deslumbrado ante su belleza, que era, en realidad, sobresaliente; dirigióse á saludarla, y ella le acogió con la inefable sonrisa de la prometida. ¡Oh, si no hablara en latín y no hiciera versos! La aldeana más sencilla y ruda, con tal que posea las dotes rigurosamente femeniles de la mujer, la ternura y el pudor, tiene más atractivos, *es más mujer* á los ojos de los hombres, que la marisabidilla mejor recortada sobre el glorioso patrón de las Staël y Sevigné. ¿Qué varón no se enorgullecería de llamar suya á una joven tan hermoesa como Loreto, animada realización de los tipos soñados por

Fidias y Praxiteles en la edad de oro de las artes? Mas, por otra parte, ¿quién oye con calma, á la menor disputa en el hogar doméstico, entre la canasta de costura y la olla del puchero, el *Quousque tandem* de Cicerón, de los labios de las esposa enmarañada y con las medias caídas?

Todas éstas y muchas más ideas revolvó en un instante la vivísima imaginación del Marqués, á quien se apresuraron á ceder su asiento los petimetres que daban conversación á Loreto. No hubo en la tertulia quien no los reputara moralmente casados, y quién no, con motivo de ello, felicitara al uno en presencia del otro; y cuando el del Veneno, después de haber acompañado hasta la casa de Don Raimundo á la novia y á la suegra, dando el brazo á esta última, como es de rigor, se retiraba cabizbajo y meditabundo para su hogar de hombre solo, díjose, entrando en cuentas consigo mismo, que verdaderamente la reputación y la felicidad de aquella familia, y su propio buen nombre, dependían de la boda, y que para eludirla no le quedaba otro recurso que el suicidio ó la fuga.

Cristiano viejo, rechazó como malo el

pensamiento de poner fin á su existencia; y hombre de corazón, reflexionó que la fuga no podía serle honrosa; si bien vista más de cerca la boda, empezó á creer que la idea de Don Guadalupe de apelar á la cueva y enterrarse en ella en vida, no era del todo extravagante ni desacertada. No hallando consuelo ni esperanza de salvación en lo humano, acudió á más alta esfera, no sólo encomendándose de todo corazón á Dios, sino dando á su devoción las más raras formas que suele revestir entre las gentes piadosas menos ilustradas. Viósele, por ejemplo, tomando en jueves agua bendita de ambas fuentes de la Iglesia de Santo Domingo, á un tiempo mismo; poner boca abajo á una imagen de San Antonio, y hasta danzar al són de castañuelas en algún claustro, delante de un lienzo que representaba á San Gonzalo de Amarante. Pero la Providencia no parecía poner mano en el asunto; el tiempo trascurría; los propietarios ofrecían sus casas vacías al novio, mediante buena fianza; los almonederos le proponían muebles, y los vendedores de objetos para donas le asediaban. Era preciso obrar.

A todo esto, ni una entrevista había teni-

do aún con Loreto acerca del proyectado matrimonio; la familia y los amigos lo sabían, y se explicaban tal conducta por medio de esta frase de estampilla: “Rarezas del Marqués.”

Éste, en una de sus muchas noches de insomnio y de cavilaciones, trazó y se resolvió á poner en práctica el siguiente plan. Un caballero como él, no podía dejar comprometidas y burladas ante la sociedad á una joven del mérito de Loreto, á una familia tan respetable como la de Don Raimundo; en consecuencia, aceleraría el matrimonio, y, cuando lo hubiera efectuado, procuraría amoldar á su esposa á sus propios gustos é ideas, ó amoldarse él á los de ella: si ni lo uno ni lo otro era posible, realizaría sus pocos bienes, aseguraría con su producto los medios más indispensables de subsistencia á su mujer, y tomaría soleta hacia cualquiera de las otras partes del mundo. En último caso, la cueva de su padrino debía estar desocupada, y le ofrecía seguro asilo. Al levantarse al día siguiente, hubo de sentirse más tranquilo, sin duda por efecto de la resolución adoptada; y con la energía nerviosa del condenado á muerte,

que dice: “Vamos,” y comienza á subir los escalones del patíbulo, propúsose ir inmediatamente á casa de Don Raimundo (á quien llevaba ocho días de no ver) para arreglar con él y con su familia—á la que tampoco había visto en todo ese tiempo—los indispensables preparativos del matrimonio.

Tomaba con tal objeto sombrero y guantes, cuando oyó ruido y altercado de voces en el corredor de su propia casa, y, abriéndose violentamente la puerta de su recámara, penetró en ésta Don Raimundo, de montera, en pechós de camisa, con el rostro pálido, los ojos desencajados, y una torta de pan en la mano. Penetró, repito; y sin decir al Marqués otras palabras que éstas: “Me persiguen,” corrió á esconderse bajo la cama, trémulo y fuera de sí.

Ver esto el joven, tomar una espada que tenía á la mano en un rincón, y salir de la recámara al encuentro de los perseguidores de Don Raimundo, fué obra de un instante.

Hallóse en la pieza contigua con Fabián, el criado de Don Raimundo, casi tan viejo como éste, y que traía consigo á dos cargadores, sin más armas que sus cordeles. Preguntando el Marqués á Fabián qué signifi-

caba aquello, el fiel servidor llevóle aparte y le dijo:

—Se ha salido de casa el amo, contra las prevenciones del médico, y vengo á llevármele, pues la señora y la niña no quieren que ande solo en las calles.

Sin comprender todavía el del Veneno jota de tal enigma, dirigió nuevas preguntas á Fabián, y al cabo supo que Don Raimundo, después de algunos días de estar dando indicios de enajenación mental, había acabado por *correr*, y contaba ya media semana de encierro en su casa.

Explicóse entonces el Marqués la conducta de su presunto suegro hacia él, y vislumbró alguna esperanza de salvación. Pero, movido de profunda lástima, y sin detenerse á pensar en sus propios negocios, fué á persuadir al anciano de la conveniencia de que se retirara, acompañado de Fabián, lo que á duras penas logró.

En seguida se dirigió á la casa de la señora Rodríguez, quien recibióle con semblante afable y alegre.

—Iba á mandar llamar á Usted, le dijo, porque tengo cosas muy importantes que comunicarle. Ya sabrá Usted que el infeliz

Don Raimundo está loco de remate. Pues bien, Loreto y su mamá, después de haberse devanado los sesos en vano para explicarse cómo era que Usted no les había chistado una sola palabra acerca del casamiento, de que sólo Don Raimundo les hablaba, tan luego como advirtieron que el anciano estaba trastornado, comprendieron todo lo demás, y yo las he confirmado en sus deducciones. No hay que decir si lo acaecido les causa mortificación poca ó mucha, pues ya Usted lo calculará; únicamente, cumpliendo el encargo que me confiaron, declaro á Usted que le juzgan libre de todo compromiso, y que, además, le agradecen vivamente la prudencia y caballerosidad con que se ha manejado en tan espinoso y desagradable asunto.

—Es que yo no sería capaz—exclamó impetuosamente el Marqués—de dejar á una familia como ésta en una posición ridícula. No, señora mía; puede Usted decir á Loreto, que decididamente y contra todo viento y marea, me caso con ella, y que esto ha de ser á la mayor brevedad.

—Marqués, no tiene Usted á Dios de paciencia! Ya que se le abre una puerta, sál-

gase por ella sin volver atrás el rostro, y dése por bien librado. Por otra parte, aunque Loreto mastica el latín y hace dísticos, no es tan zurda como Usted cree, en esto de saberse conducir. Ha comprendido perfectamente su posición y su conveniencia, y una sola ojeada le ha bastado para atraerse á sus pies al comerciante en abarrotes, más rendido y enamorado que nunca.

—¡Cómo, señora! ¿Sería posible que Loreto...

—Loreto se casa con Ledesma antes de ocho días.

¿Quién descifra el caos del corazón humano? El Marqués, que hacía un momento sentíase dichoso ante la sola idea del desbaratado matrimonio y de su propia libertad, sintióse contrariado y humillado al saber que Loreto le daba con tanta presteza su reemplazo. Pusiéronsele amarillas las pupilas, volviéronle los ataques de nervios, y esto, sin duda, impidió que se echara á rondar la calle á Loreto como verdadero enamorado, y que desafiara á muerte á Ledesma.

Tuvo lugar la boda; y la sociedad mexicana, que nunca llegó á saber lo que había

pasado bastidores adentro, habló durante un mes de las terribles calabazas dadas por Loreto al del Veneno. Este, pasado algún tiempo más, se calmó, y hasta llegó á comprender el beneficio que la Providencia le había dispensado; con cuyo motivo costeó un novenario solemnísimo á Santa Rita de Casia, por atribuir á su intercesión tal beneficio.

Ocho ó diez años después de estos sucesos, volví á ver al Marqués y conocí á Loreto. Hallé al primero cano, calvo, arrugado y desesperado de la mala suerte con que tropezaban todas sus pretensiones matrimoniales. La segunda estaba hermosísima de figura; y, aunque todavía con algunos resabios de pedantismo, muy torpe ya en el manejo del latín, y sin conato alguno de versificar. Ledesma había llegado á ser inmensamente rico, gozaba de la reputación de íntegro y hábil en los negocios, y habiendo, por pura casualidad, conseguido unas hormas regulares para su calzado, no parecían tan descomunales ni escandalosos sus pies. Media docena de chicos, á quienes la madre, por más esfuerzos que impendía, no lograba hacer pronunciar la *o*, alegraban

el hogar de tau feliz pareja; y Ledesma, al montarlos en sus piernas y besarles la frente, exclamaba enternecido: “;Tuditus á su abuelu!”

CONCLUSION

Quando el antiguo ayudante del General Victoria acabó de hablar, rayaban las primeras luces del alba. Las personas que constituían el auditorio del último narrador, profundamente dormidas, sólo despertaron al cesar el monótono rumor de la voz del viejo. Convencidos todos de que no se les proporcionaría otro vehículo, emprendieron á pie y con la fresca el camino de Puebla, adonde llegaron, cansados y mohinos, en la tarde.

Quisieron, por medio del procurador y á instigación suya, demandar al dueño del coche por daños y perjuicios; pero, habiendo ofrecido el segundo mejores gajes al primero, cambió de blanco el látigo, y fueron acusados, el militar de haber quemado

los restos del carruaje y golpeado al cochero, y el farmacéutico y el almonedero de no haber tratado de impedir tales desmanes; en cuya culpa de omisión no resultaba cómplice el procurador, por impedirle el espíritu de su profesión—decía él mismo—todo acto de fuerza no decretado en autos.

El militar y sus dos compañeros de acusación, viéndose mal parados, tuvieron á bien salirse furtivamente de la ciudad; y demandado á su turno el dueño del coche por el procurador, para el pago de honorarios, vióse en la necesidad de vender las mulas y de adjudicarle su producto, por vía de transacción amistosa y equitativa.

¡ El Licenciado Retortillo conocía bien á Rascón!



LANCHITAS.